

Romances de una cellista / Catalina y Florentino

C. P. A. BRENDA ELIZONDO

Reloj de arena

ENTRÓ en el cubículo y lo desvistió, se dispuso a tomar asiento para después sacar la espiga, tensar el arco y solicitarle a su maestro un la para afinar.

–A ver... ¿qué preparaste?

Eligió iniciar con una escala menor melódica, mientras tanto en medio de las sonoridades, a pasos milimétricos se desvanecía la sonrisa de *Mona Lisa* que a duras penas, Catalina pudo regalar.

Luego de algunas observaciones sobre el segundo movimiento de la *Sonata en fa mayor* de Brahms, el maestro halagó su interpretación.

–Tocaste con el corazón –le dijo.

Sin responder y absorta en el diseño persa de la alfombra, Catalina arrojó a Florentino, tomó sus partituras y le pareció una grosería no ver a los ojos a su maestro al despedirse, así que fue inevitable que el señor Kozlov percibiera lo nublado que estaban sus cielos.

Esta vez no condujo a Florentino al atril como era su costumbre al llegar a casa. Quiso dejarlo abrigado afuera de su habitación, ella se recostó en la cama y meditó alrededor de veinte minutos. Al abrir los ojos, lo primero que vio fue el reloj de arena que estaba sobre el televisor. Caminó hacia allá, lo acercó al buró y lo volteó. Puso su mirada fija en él, pensando que el causante de su pena merecía otra oportunidad, y con un profundo respiro le dio la bienvenida a la esperanza.

Salió a la cocina a prepararse un café con leche y regresó al reloj con semblante de calma a proponerle un trato; prometió darle vida durante dos meses. Pero si ocurría *algo* extraordinario que le impidiera voltearlo antes de que se vaciara su bulbo superior, o bien, al cumplirse el plazo sin que el causante de su dolor volviera, se convertiría en asesina.

El reloj la acompañó en su espera. Día tras día, cada tres horas, ocho veces diarias, ella estaba allí, cumpliendo su promesa. Lo llevaba a todas partes, llegó a significar mucho más que un simple artefacto de cristal en donde por medio de un orificio la arena se desplaza, más que un medidor visual del tiempo o que un inicio y un final, más que una vida y una muerte. Sentada frente a él, veía el hilillo de arena deslizarse hasta formar un diminuto montículo, y nada sucedía.

El reloj de arena se convirtió en su confidente y amigo, ella le contó su historia de amor, la más común historia de amor: la del no correspondido. Con lamento y decepción le confesó haber olvidado con ese hombre lo que es mentir con inteligencia.

Las Catalinas que habitan dentro de ella, la *loca* y la *sensata*, se propusieron infinidad de planes desde que lo conocieron. Querían ser las únicas que lo hicieran llorar y que lo hicieran reír, cocinar para él y con sus besos no dejarlo comer, velar sus sueños y no dejarlo dormir, ser sus esclavas pero también darle órdenes, ser las ladronas de su apellido, y cuando las descubriera, por voluntad propia él se los cediera. Sin embargo, la que lo haría llorar, la que no lo dejaría comer ni dormir, la *mandona* y *ladrona*, no permitió que la conocieran. Se mantuvo ausente, mientras la *sensata* lo empalagó con sus cuidados.

Él se marchó, y desde ese día a Catalina le han hecho mala cara las madrugadas, por su maldito insomnio ellas no han tenido privacidad. Los días ya están cansados de ver cómo se muerde las uñas, el nombre de ese ingrato la ronda mañana, tarde y noche; piensa todo lo que vivieron juntos y lo extraña. Creyó que la amaría hasta la muerte; no obstante, él no ha muerto y ya no la ama, ahora está acompañado de esa con quien puede hablar de fútbol y de economía. La que estudió en escuela privada y habla el francés a la perfección, la que cuenta con amigos pseudointelectuales y no tiene ni tendrá problemas de dinero, la que pone empeño en conocer las recetas de su madre, con quien simpatiza porque aún no le ha mostrado el talento de destruir sin compasión a toda aquella mujer que ame a su hijo...

Habían pasado cincuenta y nueve días y cincuenta y nueve noches, en cuarenta y ocho horas más, el plazo se cumpliría y él no había vuelto.

Catalina, la *loca*, empezó a planear su crimen. Pedirle prestado el automóvil a un amigo, comprar gafas oscuras y peluca para disfrazarse como lo hacen las asesinas en las novelas policiacas. De esta manera, no la reconocerán los vecinos que tantas veces la vieron entrar y salir del departamento de Vladimir. Esperará a que un día, la mujer que le robó a su hombre, salga de madrugada, esto reducirá la probabilidad de que existan testigos. La seguirá hasta su casa, y cuando abra el portón de la cochera, entrará caminando tras de ella. Y cuando se cierre el portón, acabará con su rival enterrándole con toda su furia un cuchillo carnicero en el corazón, y cuando lo saque volverá a clavarlo dos veces más para asegurarse de su muerte. Aunque teme que esto sea en vano y aún muerta se interponga entre ellos, que permanezca la sombra que lo inhibe a tomar decisiones firmes.

Después de analizar el plan durante horas y horas, se rinde por cobardía. A ella la va a dejar viva, pues no le hace daño. Quien eligió quedarse con ella es él.

Entonces, antes de encajarle el cuchillo carnicero a Vladimir con toda su fuerza, va a pedirle un favor; querrá que le diga: ¿cómo era ella cuando estaba dispuesto a que se fueran lejos? ¿Cómo fue que cambió los planes por miedos? ¿A qué hora se dio cuenta que ese zapato no era para su pie después de años caminando con él? ¿Por qué, si es mejor en las caricias se quedó con la otra?

Además, quiere informarle que la *loca* que lleva dentro, con tantas lágrimas que ha derramado podría abastecer la lluvia en Londres. Que no puede amarlo como antes, mas tampoco odiarlo y destruirlo. Por ello, lo buscará y le rogará que le origine la más grande de las penas para poder maldecir su nombre, sólo así tendrá el valor de desaparecerlo de este mundo. Lo que le ha hecho hasta ahora, a la *loca* le ha provocado placer en el dolor; todas las heridas que le causó las ha sumergido en el mar y sanaron. Por eso le va a implorar que le produzca otra más profunda para que se desangre sola.

Así, él morirá sin saber cómo ella utilizaría con astucia los idiomas y no, únicamente, para mencionarlos en el *curriculum vitae*. En esos cincuenta y nueve días, la *loca* aprendió lenguaje suficiente para amar en francés toda una noche: *Je t'aime beaucoup mon amour, on se promènera sous la lune, nous découvriions d'autres mondes*. Había planeado embriagarlo de ella y de sus frases. Incluso, si regresaba, se hubiera esforzado por aprender de fútbol y de economía, sólo si regresaba.

Catalina, la *sensata*, le dice que sería más fácil tomar sopa con tenedor que hacerlo volver. Le recuerda las tres veces que ella le agregó barras de repetición a la partitura de su amor, y por más matices que le dio a la melodía, él no lo percibió; escuchó siempre las mismas notas con la misma interpretación. Ilusionada, esperaba pasar a la siguiente pieza, y lo hicieron; decidieron vivir juntos. No obstante, el gusto le duró un par de compases; se le reventó la cuerda re y no traía repuesto. Alguien supo aprovechar su error y el (des) concierto continuó. La otra terminó por ser la estrella.

Mientras enteraba a su amigo y confidente, el reloj de arena, de la más común historia de amor, habían pasado más de tres horas. El bulbo inferior había recibido ya la fina arena que contenía el superior. Sin planearlo, lo asesinó. No la mató a ella, tampoco a él. Aniquiló a su reloj, por ende, fue su esperanza la que recibió las puñaladas en el corazón con el cuchillo carnicero dos días antes de que se cumpliera el plazo.

Resignada y con deseos de que el tiempo no hubiera pasado, aceptó su derrota y fue en busca de Florentino. Y mientras la *loca* se mantiene ocupada practicando el francés para una noche de amor, Catalina, la *sensata*, entra en el cubículo, lo desviste, saca la espiga y tensa el arco.

Reloj de arena

Romances de una celloista _ Catalina y Florentino

♩ = 70 **adagio**
tranquillo

Brenda Elizondo

Violoncello

4 *mf*

7 *con vigore*
f

11

14

17 *espressivo*
mf

22

26

26 Brenda Elizondo

29 *tranquillo*
p

32

35

38 *con vigore*
ff

41

44